Miguel

Ricardo Moncada de la Cruz*

Mi madre quería a Miguel. Lo quería más que a mí. Siempre decía que yo debería de ser más como Miguel, y alguna vez incluso llegó a decir que él era quien debería de haber sido su hijo, o acaso lo imaginé con mi voz.

Miguel, ese niño negrillo de 13 años, era mi mejor amigo.

Odié a mi madre durante muchos años, casi tanto como a Miguel.

Un día de las madres le hice un regalo, pero la cajita en la que estaba envuelto en realidad estaba vacía. Lo había visto en una película extranjera, y yo quería que se sintiera tan mal como la mujer de la película, y que viera lo mala madre que era, pero lo tomó como una broma inocente, incluso para alguien de mi edad. Nunca lo interpretó como un reproche, así era ella.

A Miguel lo dejé de ver cuando salimos de la secundaria, pero lo seguí odiando durante muchos más años. Lo último que supe de él fue que se metió al "ejército", y después de eso no supimos más.

Miguel era un pensamiento obligado cada día de las madres, y la mía me duró muchos años todavía. Ella nunca se dio cuenta de lo que yo sentía por ellos. De entre todos, el sentimiento más nítido fue siempre el odio.

Por eso muy seguido me preguntaba por Miguel: que qué habría sido de él, que dónde viviría, que si se habría casado, que si tendría hijos, que si nos recordaría… Muchas de esas veces le quise dar una fuerte bofetada, pero no tenía fuerza, y con lo vieja que era seguramente la habría matado antes de tiempo.

Era mi madre y, a pesar de odiarla casi todo el tiempo, también la quise. Un poco. O eso pensé muchas veces. Con mis pensamientos, no con los de Miguel.

La cosa es que viéndola todos los días recorrer el camino de la sala a la cocina, con apenas fuerza en las piernas, pensaba que no tardaría mucho en morirse, pero sí tardó. Duró exactamente 25 años más después del abandono de Miguel.

Cualquiera diría que lo que la mantenía viva era la esperanza de volverlo a ver, pero siguió así muchos más años, incluso después de decirle que a Miguel lo habían matado con 15 balazos en el cuerpo y uno en la cabeza. Le dije que don Alfredo, que era su abuelo, me lo había contado todo, cuando volví al pueblo para arreglar los papeles del difunto Juan Mancilla, mi padre.

El día de la caída en el baño ahí estaba mi madre, con la cabeza blanca teñida en sangre. Me quedé parado en la puerta de la cocina, sujetando las orillas del marco con las manos, como si me aferrara a la escotilla abierta de un avión en pleno vuelo.

Petrificado, estuve mirándola fijamente durante varios segundos que pasaron como horas. Pero no estaba horrorizado, no estaba contento, no estaba enojado ni triste, tampoco desesperado, ni siquiera ansioso. Era como si, de hecho, no estuviera yo ahí, sino en el pasado, cuando los fines de semana íbamos a la plaza de armas a comprar nieve y, de repente, aparecía Miguel, que vivía justo enfrente.

Estoy seguro de que en su inconsciencia ella se hundía en los mismos recuerdos, del mismo modo en el que se hundía en su propia sangre, prefiriendo a Miguel incluso al filo de su vida. Como si supiera que él ya la esperaba.

Al sepelio llegó bastante gente del pueblo, algunos familiares y amigos de ella. También una que otra de mis amistades. Pura gente que, en realidad,

*Lic. en Letras Españolas egresado de la FFy L de la UANL y docente de Español de la Preparatoria Núm. 3 de la misma institución.

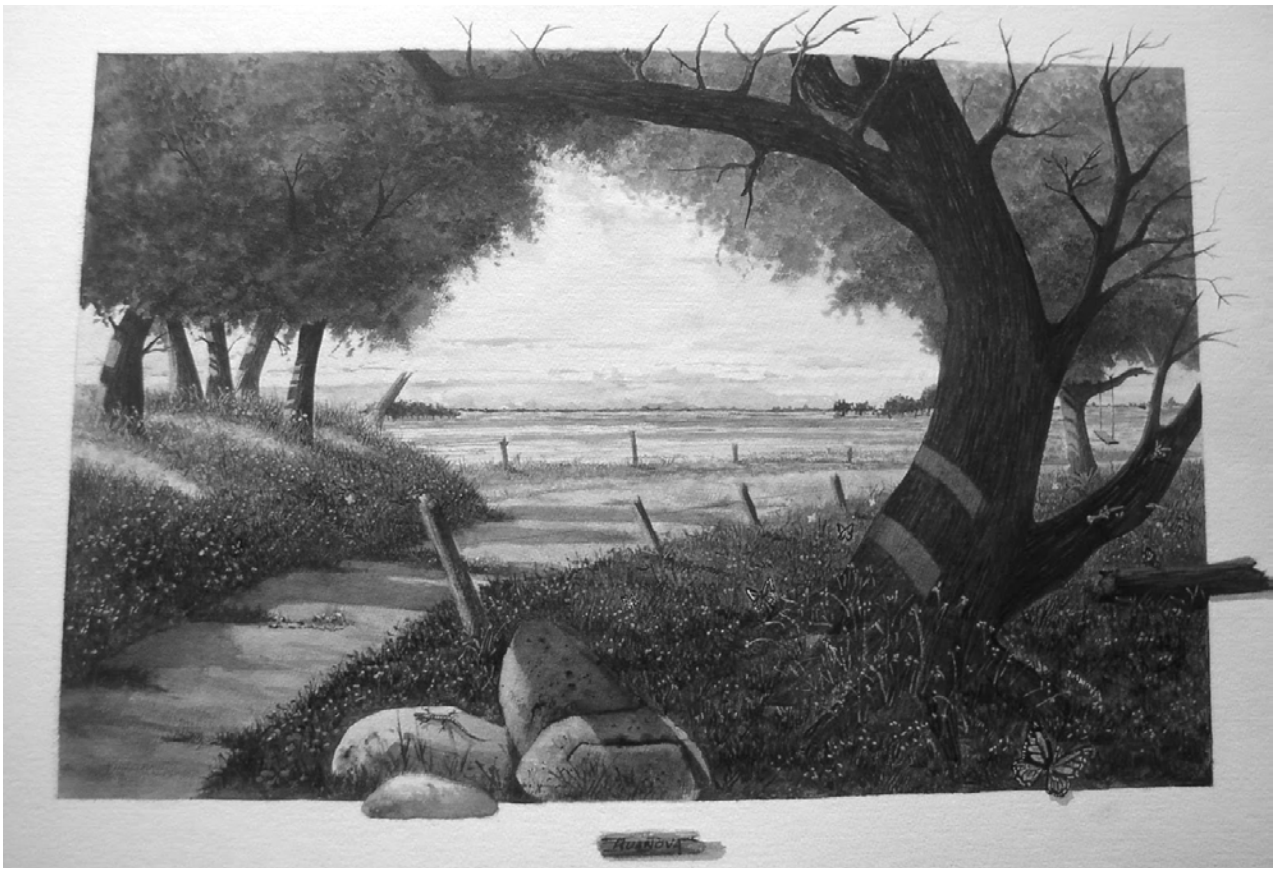
no me importaba que estuviera o no allí. A mí sólo me hubiera gustado que viniera Miguel, para que estuviera a nuestro lado como antes, como siempre. Y para poder ver su cara de dolor. Pero no vino.

Lo cierto es que ahora que ya no está, me gusta imaginar que fue buena madre. Muchas veces me sorprendo tratando de convencerme a mí mismo de que realmente lo fue, y de que en verdad me quiso tanto como a él. Incluso trato de recordar sólo los buenos momentos; pero el único bueno que pasa por delante de mis ojos es cuando mi madre salió toda una tarde de casa, y yo me quedé sólo, y destruí todas sus fotos de cuando era joven.

Ella adoraba esas fotos porque toda su vida fue muy vanidosa, incluso de anciana se vestía siempre con sus mejores vestidos, aunque no fuera a salir de casa en todo el día. Esas fotos le recordaban su hermoso cabello, largo y negro, que jamás quiso teñirse porque decía que eso era de prostitutas. Cuando descubrió lo que había hecho sólo me miró como si tuviera cuchillos en las pupilas, pero no dijo nada.

Al regresar del panteón me di cuenta de que la casa era más pequeña de lo que estaba acostumbrado a verla, a sentirla. Era como si su ausencia hiciera todo más pequeño. Desde la sala hasta el comedor grande, también las sillas, y la mesa de la cocina donde comíamos casi siempre. Todo se veía como si fueran los juguetes de plástico rosa de una niña pequeña. Los cuadros pegados a la pared ya no tenían la misma expresión que antes, y las fotos ya no me hablaban del mismo pasado.

Tropezando con todos sus muebles por la poca luz, llegué a la cómoda que está justo frente a la mesita de centro. Tomé el retrato que mi madre se había hecho apenas unos meses antes, se le veía feliz. Mientras lo veía no pude evitar desear con todas mis fuerzas ser, aunque fuera por un instante, como era Miguel.



Amanecer racherro